



La Santa Sede

SOLEMNIDAD DE LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO APÓSTOL

CELEBRACIÓN DE LAS SEGUNDAS VÍSPERAS

LVIII SEMANA DE ORACIÓN POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Pablo extramuros

Sábado, 25 de enero de 2025

[Multimedia]

Jesús llega a casa de sus amigas, Marta y María, cuando ya su hermano Lázaro lleva muerto cuatro días. Parece que se ha perdido toda esperanza, hasta el punto de que las primeras palabras de Marta expresan, junto con su dolor, el pesar que siente porque Jesús ha llegado tarde: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto» (Jn 11,21). Y al mismo tiempo, sin embargo, la llegada de Jesús enciende en el corazón de Marta la luz de la esperanza y la conduce a la profesión de fe: «Pero yo sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas» (v. 22). Es esa actitud de dejar la puerta abierta siempre, nunca cerrada. Y, de hecho, Jesús le anuncia la resurrección de la muerte no sólo como un evento que se verificará al fin de los tiempos, sino como algo que ocurre ya en el presente, porque Él mismo es la resurrección y la vida. Y después le hace una pregunta: «¿Crees esto?» (v. 26). Esa pregunta es también para nosotros, para ti, para mí: ¿Crees esto?

Detengámonos también en esta interpelación: «¿Crees esto?» (v. 26). Es una pregunta breve pero exigente.

Este tierno encuentro entre Jesús y Marta, que hemos escuchado en el Evangelio, nos enseña que, aun en los momentos de desolación, no estamos solos y podemos continuar esperando. Jesús da la vida, incluso cuando parece que toda esperanza ha desaparecido. Después de una

pérdida dolorosa, de una enfermedad, de una desilusión amarga, de una traición sufrida o de otras experiencias difíciles, la esperanza puede vacilar; pero si alguno de nosotros puede pasar por momentos de desesperación o encontrarse con personas que han perdido la esperanza, el Evangelio nos dice que con Jesús la esperanza renace siempre, porque de las cenizas de la muerte Él siempre nos levanta. Jesús levanta siempre, nos da la fuerza para retomar el camino, para recomenzar.

Queridos hermanos y hermanas, no lo olvidemos nunca: la esperanza no defrauda; nunca. La esperanza es esa cuerda que nos sujeta al ancla, firme en la playa. Y esto jamás decepciona. Esto es importante también para la vida de las Comunidades cristianas, de nuestras Iglesias y de nuestras relaciones ecuménicas. A veces estamos desbordados por el cansancio, desanimados por los resultados de nuestro esfuerzo, nos parece que también el diálogo y la colaboración entre nosotros carezcan de esperanza, que casi están destinados a la muerte y, todo ello, nos hace experimentar la misma angustia de Marta; pero el Señor viene. ¿Creemos nosotros esto? ¿Creemos que Él es la resurrección y la vida, que asume nuestras fatigas y nos da siempre la gracia para retomar juntos el camino? ¿Creemos esto?

Este mensaje de esperanza está en el centro del Jubileo que hemos comenzado. El apóstol Pablo, de quien hoy recordamos la conversión a Cristo, declaraba a los cristianos de Roma: «la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (*Rm 5,5*). Todos –todos– hemos recibido el mismo Espíritu, y este es el fundamento de nuestro camino ecuménico. Es el Espíritu quien nos guía en este camino; no son cuestiones prácticas para entendernos mejor. No, está presente el Espíritu y nosotros debemos caminar bajo su guía.

Y este Año jubilar de la esperanza, celebrado por la Iglesia católica, coincide con un aniversario de gran significado para todos los cristianos: el 1700 aniversario del primer gran Concilio ecuménico, el Concilio de Nicea. Este Concilio se comprometió a preservar la unidad de la Iglesia en un momento muy difícil, y los padres conciliares aprobaron por unanimidad el Credo que muchos cristianos recitan todavía hoy cada domingo durante la Eucaristía. Este Credo es una profesión de fe común, que va más allá de todas las divisiones que en el curso de los siglos han herido el Cuerpo de Cristo. El aniversario del Concilio de Nicea representa por tanto un año de gracia, representa también una oportunidad para todos los cristianos que recitan el mismo Credo y creen en el mismo Dios. Descubramos las raíces comunes de la fe, custodiemos la unidad. Vayamos siempre adelante en esta unidad. Esa unidad que todos nosotros queremos alcanzar y queremos que se realice. ¿No les viene en mente lo que decía el gran teólogo ortodoxo Ioannis Zizioulas: “yo sé bien cuál serás la fecha de la unidad plena: el después del juicio final”? Pero mientras tanto debemos caminar juntos, trabajar juntos, rezar juntos, amarnos juntos. ¡Y esto es muy hermoso!

Queridos hermanos y hermanas, esta fe que compartimos es un don precioso, pero es también

un desafío. De hecho, el aniversario no debe ser celebrado sólo como una “memoria histórica”, sino también como un compromiso a testimoniar la creciente comunión entre nosotros. No debemos dejarla escapar, debemos construir lazos sólidos, cultivar la amistad recíproca, ser artesanos de comunión y de fraternidad.

En esta Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos podemos vivir el aniversario del Concilio de Nicea también como una llamada a perseverar en el camino hacia la unidad. Providencialmente, este año, la Pascua será celebrada el mismo día en los calendarios gregoriano y juliano, precisamente durante este aniversario ecuménico. Renuevo mi invitación para que esta coincidencia sirva de llamada a todos los cristianos, a fin de que den un paso decisivo hacia la unidad, entorno a una fecha común para la Pascua (cf. Bula *Spes non confundit*, 17); y la Iglesia católica está dispuesta a aceptar la fecha que se decida de común acuerdo: una fecha de la unidad.

Agradezco al Metropolitano Policarpo, en representación del Patriarcado Ecuménico, al Arzobispo Ian Ernest, en representación de la Comunión Anglicana y que concluye su precioso servicio por lo que le estoy muy agradecido –Le deseo lo mejor cuando regrese a su tierra–, y a los representantes de otras Iglesias que participan en este sacrificio de alabanza vespertino. Es importante rezar juntos, y la presencia de ustedes aquí esta tarde es fuente de alegría para todos. Saludo también a los estudiantes apoyados por el Comité para la Colaboración Cultural con las Iglesias Ortodoxas y Ortodoxas Orientales del Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, a los participantes en la visita de estudio del Instituto Ecuménico Bossey del Consejo Ecuménico de las Iglesias, y a muchos otros grupos ecuménicos y peregrinos que han venido a Roma para esta celebración. Agradezco al coro que, con su participación, nos regala un ambiente de oración tan bonito. Que cada uno de nosotros, como san Pablo, pueda encontrar la propia esperanza en el Hijo de Dios encarnado y ofrecerla a los demás, allí donde la esperanza haya desaparecido, las vidas hayan sido truncadas o los corazones se vean superados por las adversidades (cf. *Homilía de apertura de la Puerta Santa y Santa Misa de la Noche de Navidad*, 24 diciembre 2024).

La esperanza es siempre posible en Jesús, que también la sostiene en nuestro camino común hacia Él. Y nos encontramos de nuevo con la pregunta hecha a Marta y esta tarde dirigida a nosotros: «Tú, ¿crees esto?». ¿Creemos en la comunión entre nosotros? ¿Creemos también en la esperanza que no defrauda?

Queridas hermanas, queridos hermanos, este es el tiempo de confirmar nuestra profesión de fe en el único Dios y encontrar en Cristo Jesús la vía de la unidad. En la espera de que el Señor “venga de nuevo con gloria para juzgar a vivos y muertos” (cf. *Credo niceno*), no nos cansemos nunca de testimoniar, ante todos los pueblos, al unigénito Hijo de Dios, fuente de toda nuestra esperanza.
